EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIX — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM. 14206

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

SÁBADO 10 DE ABRIL DE 1909

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: *Mr. A. Lorette*, 14, rue Rougemont; *Mr. J. Jonc*, 31, Faubourg-Montmartre.

Sábado santo

Sepultado el Señor al anochecer del viernes, su desolada madre quedó sumida en la más triste y completa soledad. Privada de la vista y compañía de su hijo, de aquel que era la luz de sus ojos, el alma de su alma, todo su consuelo y su vida, quedó la pobre Señora como anegada en un inmenso mar de amargura, como sepultada en un abismo sin fondo de dolor!

Fuentes inagotables de llanto eran sus ojos, centro de imponderables torturas era su corazón, y no obstante, ni la más leve queja brotó de sus labios, ni un solo momento cesó de estar resignada á la justiciera voluntad del cielo, ni un solo instante dejó de mostrarse digna Madre del Redentor y de los redimidos!. ¿Podrá encontrarse en los anales del mundo otra madre comparable con ella?...

Dispersos y ocultos hallábanse los Apóstoles desde la escena de Getsemaní á causa del miedo que habían cobrado á los judíos. ¡Cuán vituperable cobardía! Sellada estaba con el sello de la autoridad la losa del sepulcro del Señor, y custodiado éste con numerosa guardia romana por temor de que los Discípulos robasen el cadáver de su divino Maestro. ¡Cuán temerario é injustificable temor! ¿Cómo habían de atreverse á tanto unos hombres cuyo jefe había abandonado y negado repetidas veces á Jesús al oír la acusadora voz de la criada del pontífice?

Triste fué aquel año la Pascua de los judíos ya por los tétricos sucesos de día anterior, ya por la consternación que á consecuencia de ellos había cundido en todos los corazones. La santísima Virgen durante todo el día de hoy, estuvo retirada en casa de su hijo adoptivo Juan, hijo de Zebedeo; pero en medio de sus incesantes y acerbos dolores no dejó un momento de creer firmemente y esperar confiada que al tercer día de su muerte Jesús saldría triunfante del sepulcro, según lo tenía anunciado y prometido; prodigio que se verificó puntualmente como lo había prometido y anunciado.

La Iglesia, á pesar del gran duelo que guarda todo el día de hoy por causa de su orfandad, celebra aquel austo suceso en esta mañana anticipando los divino oficios que solían antiguamente solemnizarse en la noche del Sábado al Domingo, con el fin de evitar los graves inconvenientes que con el tiempo se observaron en las celebraciones nocturnas por razón de la poca edificante compostura de los fieles, no tan fervorosa, por desgracia, como en un principio.

Mucha, grande y justa es la alegría que muestran los cristianos al toque de «Aleluya», y no obstante justo es también, que pasen el día en un santo recogimiento, pues el Salvador permaneció todavía muerto y sepultado durante todo el sábado, y no resucitó hasta las primeras horas de la madrugada del Domingo.

Santamente curiosas y sumamente edificantes son las variadas ceremonias del oficio que esta mañana celebró la Iglesia.

«Benedictus Dominus Deus Israel»

M.

Nota Alegre

Actualidades

El tiempo se ha mostrado inexorable con los cofrades del Prendimiento.

Los buenos deseos de éstos, sus sacrificios y entusiasmos se han estrellado ante el persistente temporal.

Todo estaba preparado; los granaderos comenzaban á salir de la Iglesia, cuando una menuda lluvia impidió que continuase saliendo la hermosa procesión del Miércoles Santo.

El público que ocupaba la carrera, desapareció como por encanto deplorando el contratiempo.

El temporal arreció de tal modo, que al decir de los antiguos no han visto otro igual en esta época del año.

Las consultas barométricas no cesaban, las miradas al cielo eran continuas, y el cielo encapotado no hacía concebir esperanza alguna.

Llovió el miércoles, llovió el jueves, llovió ayer y hoy también ha llovido.

El tiempo ha sido ingrato para todos.

—

Es decir, para todos no, porque si ha perjudicado á los procesionistas y á muchos industriales que en estos días esperaban obtener algunas ganancias, en cambio para el campo ha sido beneficioso, pues las cosechas que casi se consideraban perdidas por falta de agua, han resucitado y los labradores se muestran satisfechos.

¡La ley de las compensaciones!

—

Sonaron las diez y las campanas, que durante estos días habían permanecido silenciosas, anunciaron la resurrección de Cristo, y como de costumbre cayeron al suelo cacharros, macetas chocolateras y aleluyas de variados colores.

Esta costumbre que en años anteriores rayaba en la barbarie, se ha modificado notablemente, gracias á las disposiciones adoptadas por nuestra autoridad local.

¡Vamos progresando!

—

Pasó la semana Santa con el general disgusto de todos aquellos que deseaban presenciar nuestras clásicas procesiones, y entre el sentimiento de las elegantes que no pudieron lucir sus trajes en la visita á los Sagrarios, y pasaron también esos días de abstinencias y recogimiento.

Apesar de que ayer los revendedores ambulantes maldito el recojimiento que demostraron, pues con sus estentoreas voces no cesaron de pregonar sus mercancías durante todo el día.

Lo mismo á las diez, que á las doce, no cesaba de escucharse

¡Almejas *pa* el arroz!
¡Mañana se sortea!
¡Una mano, tres perricas!
¡Palpos y calamares!
¡Un décimo me queda!
¡Rubio mejor que la pesca!
Y otras voces por el estilo.

¡Indudablemente vamos progresando...!

OTEMA.

CUENTO DEL SÁBADO

El puñal malayo

—Según parece, tiene usted mucha prisa Sr. Gambard. Siéntese usted, amigo mío.

—Van á dar las diez, Sr. Montier.

No importa. El mercado no termina hasta las doce. Tiene usted tiempo de llegar antes de que se concluya.

- Sí, señor; pero he citado allí á mi mujer ante un comercio de telas.

- Siento que se vaya usted sin ver á mi hijo.

—Sí, ya sé que ha regresado de París. ¿Ha terminado el doctorado?

—Sí, ya es doctor en Derecho. Su madre está muy satisfecha, pero yo no. Ese muchacho se ha vuelto demasiado parisiense. Habla de un modo muy extraño acerca de la honradez, de la propiedad y de la justicia, y ayer durante la comida, si no hubiese sido mi hijo me habría levantado, dejándole con la palabra en la boca. Además, no sé si tiene algún enredillo en París, pues gasta el dinero que es un encanto. No le doy constantemente dinero; lo cual no es obstáculo para que luego le saque á su madre todo cuanto queda. Se recoge siempre muy tarde y cuesta un triunfo hacerle levantar de la cama. No, señor; no estoy conforme con semejante conducta. Si quiere hacer carrera en el foro es preciso que cambie de manera de ser.

—Creía que deseaba usted hacerle ingresar en la magistratura.

—Me ha dicho que por ahora no piensa en eso.

—¿Ya sabe usted que el hijo de los Magnin ejerce aquí el cargo de Juez de instrucción?

- Lo sé. Es compañero de mi hijo y ha sido recientemente nombrado. ¡Ese sí que es un hombre serio y formal!

—Sería capaz de condenar á su propio padre. Pero son las diez y cuarto y me voy inmediatamente. ¡Calla! ¡Tiene usted ahí una magnífica panoplia!

—No es mala. Pero la que tengo en mi antesala va mucho mejor. Bajemos y la verá usted. Le enseñaré un puñal malayo que compré hace dos días á un marinero que pasó por aquí llevando consigo infinidad de cosas curiosas procedentes de lejanas tierras. Cuando el puñal está hundido en un cuerpo se aprieta un resorte y entonces la hoja se divide en varias partes. Al retirarse el arma se produce una terrible herida en forma de cruz. Bajemos y lo verá usted. ¡Cuidado con la escalera, que es algo oscura! La panoplia está junto á ventana... ¿Qué es esto, Dios mío?

—¿Qué le pasa á usted?

—¡Ha desaparecido de su sitio mi puñal malayo! ¿Quién se lo habrá llevado? ¡Hay que averiguarlo inmediatamente!

—No puedo detenerme un momento más amigo Moutier.

—¡Hasta luego amigo Gambard! ¡Justina! ¡Justina!... ¿Eres tú, Clemencia?.. ¿Donde está Justina?

—Está en el jardín con la señora. Yo llego ahora de la compra.

—Pero ¿qué te pasa, Clemencia? ¡Estás como aterrada!

—No me falta motivo para ello. Ha ocurrido una espantosa desgracia. La señora del castillo, á quien usted conoce, fué asesinada ayer en su parque á eso de las nueve de la noche. Su jardinero oyó un grito, y cuando acudió en su auxilio la encontró muerta. No se sabe quién la mató; pero el autor debe ser un terrible bandido. Figúrese usted, señor, que tenía en el pecho dos heridas en forma de cruz... Pero ¿qué tiene usted, señor?

—Nada. La muerte de esta señora me ha sublevado. ¿Lo sabe ya mi mujer?

—No, señor.

—No la digas nada. Está delicada y no quiero que se conmueva de pronto con la noticia.

—Además, la señora está muy inquieta... No sé si hago bien, en decírselo al señor... El señorito Luciano...

—¿Qué?

—No ha dormido en casa esta noche.... Pero ¿qué le pasa á usted, señor?

—No lo sé. Me inquieta el corazón desde ayer.

—Suba usted á su cuarto y acuéstese.

—Sí, Sí.

—Le ayudaré á usted á subir la escalera.

—No, no, déjame.

—Pero ¡si no puede usted tenerse en pié! Siéntese usted, al menos. ¿Está usted mejor?

—Sí, sí... Me voy á mi cuarto.

—Le acompañaré á usted.

—Bueno.

Cuando el amo y la criada llegaron al piso superior, dijo Clemencia.

—Voy á avisar á la señora.

—No, no déjala en paz.

A los pocos momentos dijo Clemencia:

—Ahí la tiene usted; señora, el señor se ha puesto malo.

—No, hija mía, no tengo nada. Anda, anda, vete á la cocina, Clemencia.

—Señora, ya le he dicho al señor que el señorito Luciano ...

—Has hecho mal ¡Vete á la cocina Conque te ha dicho que Luciano...

—Sí, y es cosa que me ha molestado mucho.

—A mí también. Ese muchacho me tiene muy alarmada. Estaba yo hace un instante en la antesala, junto á la escalera, cuando de pronto le ví entrar con gran precaución. Vi que se acercaba á la panoplia y que colgaba un arma en un clavo... Pero ¿qué tienes, Clemencia? Estás blanca como la cera.

—¡Me vuelve á doler el corazón! Prefiero que me dejes solo.

—¡No faltaba más!

—Si no es nada. Te suplico que me dejes solo.

Pero, hombre, ¿Otra vez aquí, Clemencia? ¿Qué ocurre?

—Ahí está un caballero que desea hablar con el señor.

—Dile que el señor está enfermo.

—Es el juez M. Magnin. Voy á ver lo que quiere.

—No, no, dile que suba, Clemencia. Y tú esposa mía, déjanos solos. Tal vez tendrá que hablarme en secreto y no quiera espontanearse delante de tí.

—Me das miedo, Edmundo. Pase usted, señor Magnin. La dejo á usted con mi marido. Hasta luego.

—¿Ha visto usted á su hijo?—Preguntó el juez de instrucción á M. Montier.

—Todavía no.

—¿Tiene usted noticia del asesinato de madama Joyle?

—Sí, señor.

—Toda la población está enterada del suceso. ¿Su hijo de usted no le ha dicho nada?

—No.

—Me ha prestado un gran servicio en este asunto. Comimos ayer juntos y estábamos en el teatro cuando fueron á buscarme. Pero ¿Por qué me mira usted de este modo?

—Dispénseme usted. Estoy aturdido y no sé si le he oído á usted bien ¿Es cierto que pasó usted la velada de ayer con mi hijo?

—Sí, señor. Cuando fueron á buscarme, me acompañó al castillo. Al ver la herida exclamó: «¡Esa herida ha sido hecha con un puñal malayo. Mi padre tiene uno igual en su panoplia.» Acto continuo vino á buscar

bía cometido el crimen, desconocido hasta entonces, de dar una bofetada á su padre, volver á subir con paso sosegado y lento la rampa de la Alhambra, hacia la cual volvía después de haber visitado las cárceles con el Justicia Mayor.

Los celos actores interesados en la escena que acaba de realizarse, y que permanecía de pie y como petrificados en medio de la muchedumbre, cuyas miradas se fijaban en ellos con asombro y dolor, era doña Mercedes, casi desmayada en el hombro de doña Flor, y D. Iñigo, inmóvil y como confundido por esta palabra del rey: «No los presentéis delante de mí hasta que no sea preso el culpable.»

Le era preciso, pues, prender á aquel hombre al cual le ha tan profunda simpatía; aquel hombre cuyo indulto había solicitado con tanta instancia sin obtenerlo, cuando se le acusaba de uno de esos crímenes que ofenden á Dios, su castigo era indefectiblemente cierto D. Iñigo, para salvar á su amigo, tenía que ser súbdito rebelde y declararse cómplice de uno de los más grandes crímenes que hubiesen jamás sublevado el poder humano, para no volver á presentarse delante del rey.

Acaso su corazón se inclinaba á este último medio, porque retardando todo lo posible el dar las órdenes necesarias para la prisión de D. Fernando, principió por correr hacia la casa para que llevasen á doña Mercedes los consuelos que su corazón amaba.

Trataba de volverla á conducir á su casa; pero ¡cosa extraña! cuando D. Iñigo, fuerte y vigoroso como un joven, se había aproximado á la madre de D. Fernando con la intención de trasladarla en sus brazos hasta su casa, doña Mercedes, al ruido de sus pasos se había estremecido y abierto los ojos con un sentimiento que se asemejaba más al espanto.

—No, no, había dicho. No. Vos no, vos no.

Y D. Iñigo, respetando esta extraña repulsión, fué á buscar á la nodriza de D. Fernando, y á un antiguo servidor que había sido escudero de don Alonso durante las guerras con los moros, en tanto que doña Flor, en el colmo de la sorpresa, murmuraba por lo bajo.

—¿Por qué no mi padre, señora?

Pero Mercedes, cerrando los ojos y recobrando su fuerza, aunque su desmayo parecía durar todavía, pálida, guiada por doña Flor, dió algunos pasos hacia la casa; de manera que casi tocaba ya el dintel, cuando los dos servidores salían en su socorro. Doña Flor quería entrar con doña Mercedes; pero su padre la detuvo á la puerta.

—Entremos por última vez en esta casa.—dijo don Iñigo á su hija;—despídete de doña Mercedes, y vuelve á reunirnos aquí.